

CULTURALES 3

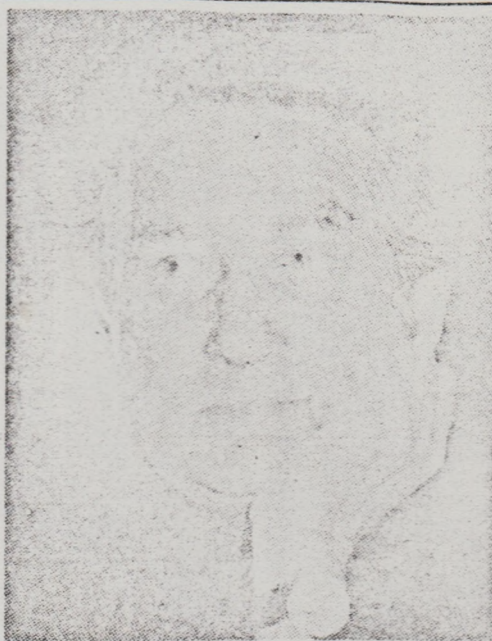
Compra-Venta de Intelectuales

MEXICO.— Todavía no se ha calmado, en México, la convulsión provocada en el medio intelectual durante el anterior sexenio presidencial de Luis Echeverría por las posiciones asumidas por varios intelectuales de la oposición al resolverse, a invitación del Presidente, una defensa activa de su política. El equipo intelectual que había formulado las más decididas críticas al gobierno de Díaz Ordaz, haciéndolo responsable de la masacre de Tlatelolco, se escindió durante el gobierno de Echeverría: mientras que su mayoría persistió en una actitud opositora que culminaría en la campaña que, dirigida por el periodista Scherer García, director de *Excelsior*, se resolvería con la expulsión de dicho diario de todo ese equipo, incluido el propio Scherer, una minoría, que sin embargo contaba con los nombres internacionalmente más famosos del país, habría de asumir la defensa militante de la política de Echeverría. A su cabeza se encontraron Carlos Fuentes y Fernando Benítez, quienes en sus artículos de la revista "Plural" estimaron que la pugna de las diversas fuerzas mexicanas había llevado a una situación crítica que exigía una elección. La fórmula de Benítez, "o Echeverría o el fascismo", definía crudamente lo que con variados matices y argumentos animaba la actitud de otros escritores. Una posición particular correspondió a Octavio Paz, quien optó por un cauto apoyo que no eliminaba la actitud crítica independiente y la distancia respecto al gobierno.

En un país como México

donde la extensión del poder presidencial es tan grande y donde la corrupción del aparato administrativo tan generalizada, las actitudes de los intelectuales a favor de Echeverría no fueron vistas como simples tomas de posición, sino como simples ventas a cambio de favores o posiciones. Que el presidente Luis Echeverría resolviera ampliar el número de académicos que formaban el Colegio Nacional, designando a varios de sus sostenedores los que de un punto de vista estrictamente intelectual contaban con meritos sobrados para tales cargos, fue visto sin embargo como una pública demostración de la venta (en la época el Colegio Nacional retribuía a sus miembros con mil dólares mensuales). El debate fue agudísimo y además rencoroso, porque en el caso de Carlos Fuentes o Fernando Benítez se trataba de los escritores más respetados por los jóvenes gracias a sus posiciones críticas contra gobiernos anteriores, en particular el de Díaz Ordaz. Innumerables denuncias sobre los aspectos concretos que habría tomado la compra-venta, fueron formuladas: encargos de trabajo sueltos pagados, asesorías en organismos públicos que sólo deben cobrarse a fin de mes, designaciones en altos puestos universitarios, nominaciones en el escalafón diplomático, nada dejó de sumarse a una lista de denigraciones que pasó por encima de los argumentos esgrimidos en favor o en contra de una determinación política, como si éstos nunca hubieran existido. La ferocidad de la vida intelectual mexicana y la

Antonio Gundín



Octavio Paz.

acción desmembrada de sus "mafias" quedó expuesta al desnudo y aún tuvo un último momento de esplendor cuando el episodio de la liquidación del equipo intelectual del diario *Excelsior*, el cual tomó luego la conducción de diversas empresas periodísticas: Proceso, Unoporuno, *Vuelta*.

Ahora ha vuelto a rebotar el conflicto a consecuencia de algunas declaraciones de los intelectuales, a los cuales ha salido a enfrentar Gastón García Cantú, historiador y politólogo mexicano cuya columna en *Excelsior* en el período de Sebe-

rer fue una persistente tribuna crítica contra Echeverría. Parte de la historia de la pugna por controlar a *Excelsior*, acaba de ser contada por el novelista Vicente Leñero en su nueva obra *Los Periodistas*, en la cual narra transparentemente lo ocurrido y no deja de apuntar a Echeverría como quien dietó la orden suprema contra el diario *Excelsior*. Comentando este libro, en la revista *Vuelta* que dirige Octavio Paz, el novelista Jorge Ibarguengoitia se permitió una "boutade" que ha avivado el fuego: "Cuenta Leñero que Ramírez Vas-

quez, a través de un telefonema y de una adivinanza, advirtió a Scherer que todo se arreglaría con que Gastón García Cantú dejara de colaborar. ¿No hubiera sido más sencillo para Echeverría darle un nombramiento a García Cantú?" En su actual columna semanal de Siempre, García Cantú contestó en el tono habitual que la vida intelectual mexicana utiliza para estos casos: "Jamás lo habría escrito, y decirlo sólo a dos amigos: el gobierno de aquel entonces me ofreció, sucesivamente, empleos importantes, asesorías, y finalmente, en diciembre de 1975, una embajada en Europa. Ibarguengoitia no puede admitir que Echeverría sea un hombre que conozca los medios y usos del poder: aceptarlo sería lo contrario de verlo como ingenuo y torpe: al calificarlo así parece lógico y cierto que yo padezca avidez de empleos públicos.

Echeverría hizo cuanto pudo para doblegar en *Excelsior* a unos cuantos, no por cierto a Ibarguengoitia. En *Excelsior* no hay un sólo párrafo crítico de Ibarguengoitia, si numerosos bodrios y una prosa relevante por su cinismo: relatar su viaje hacia Buenos Aires para representar el triste papel de comparsa de una imaginaria política cultural junto a Echeverría".

La reacción de García Cantú corresponde también a nuevos ataques que contra el formularon intelectuales echeverristas (entre ellos el pintor José Luis Cuevas) por haber aceptado, en el actual gobierno de López Portillo, la dirección del Instituto de Antropología e Historia, abriendo así

otro debate más sobre las relaciones del intelectual y el poder que en el caso mexicano tiene ribetes dramáticos por la extensión del poder presidencial y de los grupos económicos privados y por las escasas posibilidades de sobrevivencia que se ofrecen a los intelectuales fuera de esas órbitas. Esas relaciones, piensa García Cantú, tiene dos límites, "el que indican las leyes y el de la propia autonomía moral", reclamando que en cada caso se vea si el ejercicio de un cargo público ha acarreado el enmudecimiento del escritor, si por ello ha dado vuelta a sus convicciones, si se ha cubierto el rostro público con la máscara del burócrata. Solo así podrá saberse si el intelectual que desempeña un cargo público ha vendido su alma o, exactamente al contrario, ha puesto sus conocimientos al servicio de la colectividad, tal como en los casos que el cita de José Gorostiza, Alfonso Reyes, Carlos Pellicer, Octavio Paz, de quienes dice: "Alto ejemplos y al fin, ejemplos: continuadores, cada uno a su manera, de la tradición de servicio al país y también de la ruptura cuando la acción gubernamental contradice la acción moral y transgrede la ley".

No se plantea García Cantú, en cambio, si hay gobiernos dispuestos a aceptar de un intelectual el doble y simultáneo papel de funcionario y crítico, tan difícil en el clima de adulación que rige la vida administrativa de México. Y si ese intelectual que cumple una doble función, como es el evidente caso de García Cantú, no es un funcionario con los días contados. •